

# La fe y la esperanza

Por E. Armstrong

La fe es un aspecto esencial de todo proceso inteligente, el cual se relaciona con las expresiones de la voluntad que proyectamos hacia el futuro, por lo que su participación abarca los variados aspectos de la vida racional. En general, es acertado reconocerla como la creencia que se ocupa del acto de confiar en una esperanza. Es tan común y cotidiano verla en nuestros pensamientos, que la vida diaria está repleta de actos de fe y pareciera ser consecuencia de ellos; de hecho, si hasta cada paso que damos al caminar ocurre gracias a una secuencia de sencillos y breves actos de fe. Por esto no es errado aceptar que independientemente de la edad, condición o situación, la vida humana es un acto de fe o la suma de ellos.

Pero tradicionalmente no utilizamos la palabra fe para lo cotidiano, haciendo referencia a nuestra relación con lo espiritual o religioso, lo que determina la creencia personal o colectiva en relación a una propuesta de trascendencia o salvación que nos hace una religión. Pero aquí, lo que es considerado natural en cualquier actividad mental humana, se lo considera sobrenatural, como si se tratara de algo diferente donde depositaríamos nuestra confianza en creencias tan ajenas a la persona como carentes de pruebas concretas y fundamentos. No tengo explicación para esta común forma de interpretar lo relacionado con la fe religiosa, la cual, además de ser infundada, le imputa a la fe una condición de ilusión que vendría a tranquilizar supuestos temores mentales ante las incertidumbres y necesidades humanas naturales, como lo pueden ser el temor a la muerte, la carencia de sentido en la vida o la necesidad de pertenecer a una comunidad que ofrezca alguna forma de garantía ante una vida abundante en imponderables y cambios profundos, como puede serlo la promesa de un mayor bienestar posterior a la muerte condicionado a determinados requisitos.

La realidad sin embargo parece muy diferente en cuanto al sentido de una fe religiosa, como puede serlo la cristiana, ya que ella se sustenta en experiencias y conocimientos adquiridos a lo largo de los años para mejorarla en sus aspectos de servicio a la verdad universal como también a los que le son fieles, sus miembros. Una fe auténtica sirve y a todos, sin discriminación ni preferencia alguna, ya que atiende a una Voluntad que le es superior. Ella otorga guías certeras o lo mas certeras posibles, las cuales permiten a sus miembros seguir la dirección que determine su fe inequívocamente. Luego, la religión es la custodia de la fe, tanto en los aspectos ya señalados como en lo que involucre la necesidad de protección de su doctrina ante los fortuitos acontecimientos e influencias que se van manifestando con el transcurrir de los tiempos.

La teología es la ciencia que estudia la coherencia y los fundamentos de una fe religiosa para que, en la medida de lo posible, ir mejorando sus formas facilitando el que sea rectamente interpretada a diferentes niveles, como lo son el académico, sacerdotal, juvenil, infantil, laboral, familiar, etc. Ella es indispensable para proporcionar conocimientos y extensiones válidas de las riquezas que ofrece la doctrina, como elemento esencial para la comprensión de una fe. Por ejemplo, en la fe católica, su doctrina esencial está señalada por los 4 Evangelios, los textos sagrados, los pocos dogmas reconocidos por la Iglesia (presentados de forma muy sencilla y en su mayoría por la oración del Credo), como también, podría ser fundamental considerar lo manifestado en los diversos documentos pontificios formales -como lo son los conciliares y, muy especialmente, las abundantes publicaciones realizadas durante los últimos 150 años-, cuya coherencia sostenida en los tiempos ofrece un aporte doctrinal clarificador de alcances infinitos en sus beneficios para la humanidad.

De este modo, toda fe requiere ser coherente con su doctrina y vice versa. Y esto no es una limitación de forma alguna, mas bien, un buen punto de partida para quien se interese por profundizar en el conocimiento y las aplicaciones de lo que su fe puede ofrecerle.

En otro aspecto, las manifestaciones de la fe religiosa son múltiples y obedecen a los contextos en los cuales se desarrollan. Por un lado tenemos las manifestaciones eclesiales, como las de la Iglesia en sus ritos, ceremonias, publicaciones y actividades destinadas a servir lo mejor posible a su cometido esencial: servir a Dios por medio del servicio a todas las personas y criaturas. En otro aspecto, están las manifestaciones de sus miembros o adherentes, de los cuales se espera un grado de consecuencia

entre lo que practican con lo que su fe determina como adecuado, y necesario para encontrarse con lo que nos permite guiar la vida diaria hacia un mayor bienestar comunitario.

Es aquí donde nos encontramos con un aspecto central de toda forma de fe, cual es la coherencia que ella exige con el comportamiento y los actos que se realizan cotidianamente. Para la fe no hay hechos mas o menos importantes, vivencias grandes o pequeñas, ya que todo acontecimiento mantiene una importancia vital en la medida que son oportunidades para expresar la voluntad personal, aprender, y en consecuencia, conocernos poco a poco hasta llegar a reconocernos.

La verdadera fe individual se sostiene en el ejercicio de la libre voluntad, por lo que ella también es una consecuencia de los procesos de la inteligencia, determinados por cada persona en acuerdo a sus propias prioridades y exigencias. Por lo tanto, el nivel o grado de una fe, en lo personal depende habitualmente del tiempo y dedicación que se le hubiera proporcionado; y, como todo esfuerzo humano, se inicia con el despertar de un interés que lo motive emocional e intelectualmente. En este punto, la Fe Católica sostiene que la Gracia es la que despierta el interés por considerar como nuestros a los asuntos de Dios, al permitirnos o facilitar que veamos lo que antes no era posible; pero la Gracia jamás afectará o intervendrá contra la voluntad personal, ya que es percibida como una suave invitación, a la cual podemos oír y en ocasiones ver, es ella como una propuesta que podemos atender o desatender a voluntad porque no exige, sugiere.

Aquí nos encontramos ante un punto de conflicto teológico no menor, ya que para muchos la Gracia ocurre con especial fuerza en quienes serían los elegidos por Dios. Personalmente no adhiero a una tesis que me parece contradecir frontalmente aspectos teológicos básicos, los cuales abordo en el libro titulado *Renacer*, en la sección *Diccionario teológico fundamental*. Parece que la vida es realmente mas sencilla de lo que con frecuencia suponemos, y lo que viene de Dios ocurre con una humildad sorprendente y, habitualmente, a modo de propuesta. Lo que podría explicarse por lo siguiente: Dios nos quiere a todos por igual y actúa en consecuencia, por lo que la Gracia no parece ser el privilegio de unos pocos y ella nos toca a todos con sus efectos. Luego, es la respuesta de cada voluntad lo que hace la verdadera gran diferencia que podemos apreciar. Según lo planteado anteriormente, la Gracia nos llama a todos pero pocos son los que responden a Dios como se esperaría de quienes han sido favorecidos. No es para extrañarnos observar esta realidad, cuando podemos ver actitudes bastante

similares en la historia humana a nivel de civilizaciones, países, comunidades y de personas.

Sin embargo cabe preguntarnos, ¿para qué me sirve una fe? ¿Vivir sin una fe podría ser arriesgarse a no vivir? Parece que nuestros comportamientos son bastante predecibles en líneas generales, con lo cual podríamos resumir una respuesta relacionada a la siguiente frase: tanto tuvimos que poco lo apreciamos hasta perderlo. Al parecer las distracciones que nos afectan la vida son comunes, haciendo que la fuerza de las ilusiones nos haga perseguir a nuestros sueños; en no pocos la vida transcurre como en seres encandilados, depositando su tiempo y mayores recursos en lo que les parece conveniente cambiar para obtener supuestos beneficios inmediatos. De este modo, se actúa relegando a la indiferencia y el olvido, o a los planos inferiores, a todo lo que sea menos valorado por una mente que no cree ni confía en lo que no pueda ofrecernos resultados con beneficios inmediatos. Ocurre hasta con el frecuente desprecio por la infinita capacidad de Amar, la cual, demasiadas personas no ven como su medio para llegar a reconocerse, por medio de ser un poco más agradecidas, compasivas y dispuestas al servicio de quienes a su lado las requieren y necesitan; aunque a menudo no se dan cuenta de ello, porque tenemos una tendencia natural a despreciar con temor a las condiciones más vulnerables que afectan a otros seres humanos (como ocurre entre los animales que consideran al más vulnerable una carga que debe ser eliminada o una oportunidad que exige ser aprovechada). A veces, parecemos preferir llevar una vida de ciegos ante nuestra realidad personal, postergando a lo que nos pueda involucrar en lo que sentimos como supuestamente ajeno a nuestra propia persona. A veces, vivimos demasiado pendientes de perseguir lo que podemos mostrar a los demás, siguiendo únicamente lo que representa nuestros mayores ideales y aspiraciones, olvidando la importancia de los pequeños detalles que nos rodean. A veces, lo peor es que todo ocurre mientras aparentamos disfrutar de una vida que no tenemos, porque no nos pertenece. Sí, vivir es un riesgo, como la fe es un riesgo; pero el mayor riesgo de todos, es no darnos cuenta de como se vive diariamente, porque a cada instante es nuestra respuesta la que está determinando para qué y por qué vivimos, el sentido que le deseamos dar a nuestra vida con respecto a lo que permite nuestra convivencia.

Podemos decir por lo tanto, que la fe es el reflejo de la Gracia en nosotros; ella nos permite trascender lo cotidiano y extender nuestra mirada y vida hacia lo infinito, hacia lo que no tiene límites, hacia la mayor aventura que podremos emprender y por la cual no pocos de quienes tienen fe han estado

dispuestos a dar sus vidas a lo largo de la historia. Pero lo hicieron no para obtener algo, ni para salvarse, si no que para demostrar su coherencia y agradecimiento con lo que ya han recibido, con lo que reconocen poseer y apreciar, con lo que les da esa fuerza necesaria para intentar entregarlo todo incondicionalmente, porque para ellas la Fe es lo que intenta definir todo y su medio, es el del humilde acto de Amor. Lo eterno y lo efímero unidos, actuando en comunión.

No nos debe extrañar que la dirección de la fe sea una, que todo en ella y en quienes la comparten apunte en esa misma dirección, como si fueran las personas expresiones vivientes del Amor al cual reconocen y adhieren gracias a la fe recibida. La fe es el acceso de lo humano hacia el Amor, como la Gracia es el acceso del Amor a lo humano. En otras palabras, la fe nos facilita comprender y reconocer la presencia de la Gracia en nosotros, y la religión es la que nos permite comprender y reconocer nuestra fe.

Pasando a otro aspecto, puede ser interesante destacar que si la fe es consecuencia de la voluntad, ella requiere del permanente cuidado y atención personal para evitar su descuido. Por lo tanto, la fe sería algo vivo que exige nuestra presencia y atención cotidiana para alimentarla por medio de su cultivo y de sus expresiones por medio de lo que hacemos y decimos, como del tiempo con el cual la pensamos a diario; de este modo, la podemos transformar en una exigencia permanente para nuestra voluntad. Luego, es posible considerar lo siguiente: si todo acto de voluntad sostenido en el tiempo produce un impacto a nivel mental y biológico en la persona, nos puede cambiar gradualmente de muchas formas, incluyendo la forma de pensar y determinar las preferencias. En otro aspecto, a nivel físico, no es extraño llegar a somatizar, lo cual implica posibles cambios de hábitos. Ocurre así ya que la fe no es algo externo a la persona, al menos cuando la aceptamos y hacemos nuestra, ella pasa a formar parte integral de la personalidad como otra causa para nuevos cambios en la forma de vivir, ver, e interpretar lo que nos rodea.

El impacto de la fe es el de un optimismo que llena de alegrías sencillas el diario vivir, al hacernos sentir parte activa de una comunidad que atiende tanto a los intereses superiores como a los menores de la existencia, y demás, en el caso del cristianismo, nos obliga a salirnos de nosotros mismos para mirar como propio lo que antes nos parecía ajeno, como ocurre con su abierta prioridad y preferencia por los mas desvalidos, los mas necesitados, los mas pecadores, o los que mas sufren.

La Fe Católica es la que representa la Revelación de Dios en Cristo por nosotros, nos muestra hasta donde Dios está dispuesto a pagar el costo de la Salvación que nos ha dado, sin pedirnos ni exigirnos nada a cambio. La Fe Católica es un medio, el instrumento que nos ayuda a integrarlo todo para facilitar nuestra comprensión y, lo mas importante, ayudarnos a ver la vitalidad de llevar una Fe a todas las actividades de la vida personal. Porque, para nuestra Fe únicamente donde hay Amor habrá vida, y ahora que la Salvación señalada por las escrituras se ha cumplido, parece que todo depende de cada uno de nosotros: de si aceptamos, de si queremos disponer del Amor que podemos dar con cada invitación que representa la oportunidad de responder mas adecuadamente a lo que nos interpela cada instante que vivimos. En otras palabras, por causa de la Salvación es que ahora el Amor de Dios también parece depender, en su medida, de cada uno de nosotros, de todos; luego, como lo aprovechemos o lo que cada cual haga, podría ser no solo un asunto de vida o muerte -en Su ausencia-, si no también de Amor, de nuestro Amor, de Su Amor, del Amor de todos los que en el tiempo y la existencia comparten una Fe.

La Fe parece ser mucho mas de lo que podremos imaginar y representa no solamente a nuestras mayores esperanzas, porque también representa a las esperanzas de Dios en cada uno de nosotros, sin excepción ni condición, ya que Él si cree en cada uno de nosotros: Dios mantiene Su plena confianza sobre cada persona, tal como cada una es hoy, con sus cualidades y debilidades, con sus aciertos y desaciertos, con su propia individualidad.

Si Dios cree en ti tal como eres hoy, y habiéndolo dado todo no te pide nada, ¿crees poder encontrar una Fe y un Amor mas grande?

Amar es darlo todo sin esperar nada a cambio, es entregarlo todo sin condición alguna, es confiarlo todo por un sueño de esperanza, es ofrecer lo mejor que se posee sin sentirse presionado, es actuar por otros sin mediar los costos, es sentir agradecimiento como para ofrecerlo todo por lo que puede parecer mas para otro, es seguir el ejemplo de quien nos dijo como encontrar la felicidad para liberarnos del temor por el precio de nuestras mejores decisiones.

En estos dias y quizás como siempre antes, se utiliza la palabra amar con muy diversas aplicaciones, pudiendo esto ser causa de ciertas interpretaciones tan desviadas como opuestas. La afectividad nos lleva luego de años entre diversas etapas de crecimiento muy valiosas, a introducirnos lentamente en el sentido del Amor, pero las expresiones

afectivas pueden ser diferentes, y en ocasiones opuestas al Amor. Las manifestaciones afectivas son maravillosas, pero no debemos confundirlas con el Amor, lo cual puede ser útil de aclarar en las líneas siguientes. Las expresiones afectivas, como lo son gestos de cariño, la amistad, la atracción sexual, las demostraciones de confianza, los sentimientos de aprecio, etc., obedecen a compartir mutuos deseos y satisfacciones, posiblemente legítimas y con frecuencia, necesarias como beneficiosas. Pero el Amor se trata de algo muy diferente, ya que no busca su satisfacción individual y menos obtener los sentimientos de un deseo cumplido. Para el Amor, el yo pasa a último plano y, generalmente, exige que desaparezca de nuestros pensamientos, los cuales piden que nos centremos en el otro, en lo que el otro puede necesitar.

Los afectos son expresiones fantásticas que demuestran un balance en el intercambio de emociones y sensaciones, mientras que el Amor nunca es balance, mas bien es lo contrario, ya que implica desprendernos de algo que apreciamos para darlo incondicionalmente y sin esperar nada a cambio, a quien creemos que lo puede necesitar mas. Los afectos representan bien el sentimiento de aprecio mutuo, mientras que el Amor no condiciona ni espera nada del otro para si, y en innumerables ocasiones no es recíproco, ya que respeta a la voluntad ajena mas que la propia.

En acuerdo a lo anterior: los afectos son sentimientos sobre la unión de voluntades, sensaciones, emociones y pensamientos sustentadas en la reciprocidad; mientras que el Amor se sustenta en la voluntad unilateral de acudir al servicio de quien podría necesitar una ayuda, si la acepta. El Amor es infinitamente mas fuerte que los afectos, porque no se mide ni depende del costo que acompañe a cada acción. El Amor no exige ni demanda reciprocidad, no es un negocio, no espera nada de su depositario y, en el extremo, a muchos le ha costado perder sus vidas a manos de los que fueron beneficiados. Una locura ciertamente, pero es en el Amor donde ocurren los mayores milagros posibles de vivir, porque, si alguna vez se llega a encontrar con el agradecimiento o la reciprocidad: nos afecta y cambia, para jamás olvidar.

Y como estamos hablando de la fe, veamos qué ocurre en el caso del Amor de Dios: primero, no olvidemos que nace de Él por nosotros, los que somos sus beneficiarios. Es un Amor que todo lo ha dado y que hoy espera una respuesta nuestra que es personal, por lo que la reciprocidad no depende de Dios. Somos nosotros los depositarios de una confianza que no pedimos ni merecemos, al proporcionarnos el libre acceso a disponer del mayor poder

transformador de la Creación, el medio que puede integrarnos a ella al compartir lo que Dios nos ha dado. Jamás podremos manifestarle a Dios nuestra reciprocidad ante semejante desbalance entre lo que recibimos y lo que podríamos responderle. No se trata de una injusticia, tampoco de justicia, se trata de Amor, y por lo tanto, de la respuesta que Él espera de nosotros, la que ciertamente nos parece increíble al ser además la mas humilde de todas: nuestro agradecimiento. No para Su gloria, si no como la forma de reconocimiento mas humilde y confiable que podremos encontrar, ya que nuestro agradecimiento demuestra que hemos comprendido y aceptado lo que el Amor nos ofrece para la propia vida. Así, el agradecimiento se demuestra viviendo como el Amor nos pide hacerlo desde nuestra alma, con mayor conciencia. Y de este modo, ocurre lo inimaginable: Dios permanece con nosotros y nosotros en Dios, seremos uno, actuando en comunión.

Por todo lo anteriormente visto, valoremos el ser mas explícitos ante los diversos alcances de las palabras amar, amarse y amor, en sus múltiples usos y abusos cotidianos. Los cristianos llamamos Amar al acto personal que nos permite actuar por Amor en contra de nuestros sentimientos, emociones y afectos, al transferir un poder que tiene la forma de una posesión, el que buscamos entregar o dar a quien lo requiere mas. Pero, para los cristianos el Amor que se hace presencia transformadora en ese humilde y sencillo acto nuestro que nos puede parecer tan humano, no es humano, nunca lo fué y nunca lo será. El Amor nos enfrenta a los ilimitados sentimientos naturales de los afectos posesivos, como los del egocentrismo o el individualismo que rigen a nuestras emociones mas básicas ante el desmesurado aprecio que sentimos por nosotros mismos. Lo realmente humano en nosotros es el sencillo pero valioso acto de voluntad llevado a una acción, por medio del cual nos abrimos al Amor para liberarnos de nuestras inseguridades; lo humano es superar nuestros pequeños sentimientos egoístas que nos limitan para ejercer nuestra mayor facultad, la de participar en esta vida al desprendernos de lo que, para quien nos lo recibe, de alguna forma pueda llegar a ser una fuente de vida.

Lo que si hacemos como personas es, por medio de la voluntad, invocar y convocar la presencia del Amor en nosotros para efectuar lo que el mismo Amor nos demanda. Lo que hacemos como personas es, por medio de la voluntad, invocar y convocar la presencia de Dios en nosotros para efectuar lo que el mismo Dios nos demanda. Esto que para algunos les parecerá insignificante y sin trascendencia, es la facultad mas grande que se ha visto

en la existencia, la cual está depositada dentro de la más pequeña y vulnerable de sus creaturas, los seres humanos.

La vida, nuestra vida, tu vida, no es un juego. No estamos solos. Tenemos acceso al mayor poder del Universo y de toda la Existencia, pero actuamos como ausentes de nuestra propia realidad. Amar, puede ser el mayor acto de fe que podremos realizar y nuestra mayor esperanza.

En acuerdo a lo anterior, tener fe no es responderse a si mismo, tampoco actuar a conveniencia amparado por un derecho no reconocido por todos, no es una licencia para pisotear a otros en aras de una imaginaria voluntad superior, tampoco un motivo para justificarnos ante los demás, y menos un negocio de salvación donde se transaría nuestra felicidad presente y futura. Tener fe no es actuar en función de promesas o por futuros beneficios, no es la expectativa de una ganancia, como si viviendo la fe fuéramos estableciendo deudas acumuladas en nuestro favor y proporcionales a unos méritos supuestamente ya alcanzados, lo cual demostraría un peligroso egocentrismo. Tener fe tampoco se refiere al conocimiento adquirido por medio de quienes la profesan, ya que una fe que no se practica consecuentemente es una pérdida de tiempo, así como el conocimiento sin sentido será estéril.

El Amor no se promete, ¡se manifiesta! La Salvación es una consecuencia de la Voluntad del Amor hecho Redención y Palabra de esperanza en Cristo, como un acontecimiento eterno, siempre vigente, motivo de gran alegría para los seres de buena voluntad en todos los tiempos y una realidad observable que podemos reconocer hoy donde la muerte es vencida: en la Cruz.

La fe, por lo tanto, no es condición de mérito alguno, ya que siempre es una inmerecida causa de nuestro agradecimiento. El esfuerzo y dedicación personal, como todas las condiciones adquiridas, lo pueden ser gracias a condiciones adscritas o previas. El mérito es un estado mental natural de satisfacción del ser consigo mismo por lo realizado, estado racional muy apreciado y loable, pero completamente ajeno a la realidad del Amor y ausente de objetividad ante las condiciones que permiten lo que se cree logro nuestro. La verdadera fe no es jamás causa de orgullo ni de sentirse merecedor de algo mas, ya que ella amplía la conciencia del ser y, en consecuencia, de lo que se debe agradecer. Fe es la condición que demuestra el estado de un alma hacia el Amor, la cual nos predispone a actuar favorablemente en Su sentido.